

# La joya: su lugar y su significado

■ Según qué parte del cuerpo nos ornamentemos, predomina con más intensidad una sensación, un mensaje o un sentimiento



**Ramiro  
Fernández Alonso**  
Psicoesteta

Desde tiempos inmemoriales el hombre se ha adornado con joyas y otros elementos. Una joya es signo de distinción y una ayuda para reforzar nuestra personalidad y singularidad; algo lícito y necesario en todos nosotros.

Como adorno, a la joya se la ha dotado de múltiples atributos y muy diversos significados. Lucir joyas implica lanzar un mensaje que no pasa desapercibido a los demás cuando aprecian nuestra imagen personal. Las joyas potencian y realzan nuestra imagen. De esta manera, ¿significa lo mismo un pendiente que un brazalete?

Para cada joya hay un lugar y un significado implícito, no siempre percibido. Según qué parte del cuerpo nos ornamentemos, predomina con más intensidad una sensación, un mensaje o un sentimiento.

Cuando se adorna la cabeza, parte regia y capital de nuestro cuerpo, produce una sensación de excelencia y magnificencia. Desde los gobernantes precolombinos (ejemplo, los mayas) hasta la nobleza europea actual han adornado sus testas con refulgentes joyas, con el deseo de transmitir, a quienes las miren, la brillantez de su liderazgo. De ahí que una de las mayores mofas que se puede hacer a una persona es obligarla a llevar una falsa jo-



La actriz Elizabeth Taylor, con joyas de Bulgari.

*Cuando se adorna la cabeza, parte regia y capital de nuestro cuerpo, produce una sensación de excelencia y magnificencia*

ya en su cabeza, bien por poseer una forma extravagante o por estar realizada en un material «in-noble»; valga como ejemplo el de Jesucristo y la corona de espinas.

El rostro es el espejo del alma, y un buen espejo debe poseer un buen marco. El collar centra nuestra mirada entre el cabello y éste. Es la joya más sugestiva, concreta y exacta, para enmarcar nuestra cara.

Las joyas no sólo adornan cabeza y cuello, también nos con-

fieren fuerza y seguridad con sólo cambiar su ubicación. El brazalete ha acompañado a innumerables guerreros y endurece la imagen de algunas tribus juveniles urbanas de hoy.

Los anillos son símbolo de poder, fuerza y seguridad, especialmente en los hombres. Y en la mujer tienen además la propiedad de estilizar sus manos y recordar la fidelidad de quienes las aman.

A una joya recurrimos para alegrar con pendientes la parte

más expresiva de nuestro rostro: las, a veces, insulsas y amorfas orejas. Si la peluquería las tapa o delimita, la joyería las resalta con sumo gusto.

Las medallas reposan sobre el pecho, cerca del corazón, al igual que broches e insignias. Con ellas decimos que pertenecemos a un grupo determinado o que hemos sido considerados merecedores de los mismos. Transmitemos singularidad y sentimos reconocimiento.

Una joya no aporta sólo singularidad, seguridad, concreción, magnificencia, reconocimiento o fuerza, sino también, socialmente, gusto por la seducción; particularmente si se «deja caer» por la rendija del escote o se sitúa por debajo de la cintura, como las sensuales tobilleras.

Además, una joya aporta seguridad y es símbolo de nuestra capacidad económica, aunque fuere un regalo de alguien que nos aprecia. En este último caso la sensación es más difícil de explicar. Por ser «única». Cuando lucimos este tipo de obsequios nos sabemos especiales y, para la persona que nos ama, hasta «imprescindibles».

En verdad, la joyería y el diseño de joyas es un arte. El arte de convertir y trabajar lo escaso y raro, como la perla, el diamante o el platino, en algo único y valioso; y, lo más importante y con ello finalizo, cuando alguien nos regala una joya, ¡nos presta un montón y es señal de que nuestra existencia sigue contando para alguien! En verdad a la joya la podemos definir como «mitad objeto valioso y mitad sueño».

ARCHIVO